

40 Céntimos

BUEN HUMOR



— Este cuadro, ¿qué representa?
— ¡Hace tanto tiempo que lo pinté que no me acuerdo!

Dib. URIBE. — Madrid.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Conoces el título de la última novela de X?

— No. ¿Cuál es?

— Lo que no muere nunca.

— ¡Hermoso título! Debe de ser un libro filosófico.

— No lo creas. ¡Es la historia de su suegra!

PENALTY. — Murcia.

Para que lo entienda.

Pepita (ocho años) escribe a su padrino, que está ausente.

— ¿Por qué haces las letras tan grandes? — le pregunta su mamá.

— Pero ¿no sabes que el padrino es sordo?

EMILIANO CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

— ¿En qué se diferencia un gitano que no trabaja de una pesa de kilo?

— En que no es-quila.

CHISPAS.

— Diga usted. ¿Se le puede confiar una cosa al amigo Pérez?

— ¡Ya lo creo! ¡Hace más de un año que le presté cincuenta pesetas, y jamás me ha vuelto a hablar de ello!

EL BOMBAS. — León.

En el cuartel.

— Ya lo sabes: cuando toque ¡tararí!, derecha, y cuando toque ¡tararál!, izquierda. ¿Entendido?

— Sí.

— Bueno. Vamos a ver: ¡tararí! ¿Qué toco ahora?

— ¡La corneta!...

A. AÑUDRO. — Madrid.

Lección de solfeo.

— Señorita, el pentagrama tiene líneas y espacios; la nota que está en la segunda línea del pentagrama, se llama sol.

— ¿Sí?... Pues yo creí que el Sol estaba en el espacio.

ANÓNIMO.

— ¿En qué se parece el juego a las básculas Toledo?

— En que cuando echas los cuartos, te pesa.

JULIO GARCÍA (EL HOJALATA). — Madrid.

— ¿Qué es lo que le da la vuelta a la manzana sin moverse?

— ¿...?

— La acera, hombre, la acera.

JOSÉ BARÓ BOTELLA. — Madrid.

— Ya sé que anoche te quisieron robar el pellejo de vino que tienes en tanta estima.

— Sí; pero no se lo pudieron llevar.

— ¿Por qué?

— Porque, así que entraron, salí corriendo para salvar el pellejo.

FERNANDO MARTÍN. — Madrid.

— Ayer estuve tomando café con Arturo. ¡Chico, qué lata me dió con sus dos aficiones favoritas: la lotería y el cine!

— Lo más chocante es que nunca te habla del gordo; siempre dice que va a coger el anterior o el posterior.

— Entonces está explicada su afición al cine: ¡busca siempre las aproximaciones!

OJEDA. — Madrid.

— ¿Por qué se llama dátiles a los dedos?

— Porque nacen en la palma.

C. SEYER. — Madrid.

Idilio en la Edad Media:

— ¡Elena!... ¡Os como!...

— ¡Oscar!... ¡Os...-cenol!...

— Aquí os presento a la señora Oswald, la mujer que tiene más fuerza del mundo. Sus palizas son célebres.

— Sí, vamos... ¡¡Os-waldal!

— ¿Qué estudias ahora?

— Francés. Y por cierto que lo aprendo por el método más católico.

— ¿...?

— Por el método de-an.

A. MÁS.

El canto gangoso.

La madre abadesa no consideraba que el canto era bastante devoto y sentido cuando no era muy gangoso también, especialmente al terminar cada frase.

Las novicias y las monjas jóvenes se

obstinaban, sin embargo, en querer lucir la voz y en no ganguear.

Cierto día que estaban en el coro cantando sonoramente y sin que el aire pasase por las narices ¡Per omnia sæcula sæculorum!, y notando la abadesa que no la obedecían, dijo gangueando y algo enojada:

— ¡Niñas, un poco de más narices en el culorum!

J. DE CABRA.

Un catedrático explica en la Universidad:

— El templo griego tenía además unas pequeñas gradas para que subiera el sacerdote y un servidor...

Un alumno interrumpe:

— Pero ¿no decía usted que no había estado nunca en Grecia?

JUVI. — Sevilla.

— ¿Quién ha sido el que peor oído tuvo para la música?

— Don Quijote, que confundió los Molinos con los Gigantes.

BALDOMERITO.

Entre médico y enfermo.

EL MÉDICO. — ¡Vamos, ánimo! — decía el médico a su enfermo para hacerle tomar una medicina —. La primera cucharada es la que cuesta trabajo.

EL ENFERMO. — Pues empezaré por la segunda, que será más fácil de tomar.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿En qué se diferencia un marido celoso de un alabardero?

— En que éste lleva la mosca bajo la boca, y el marido celoso la lleva detrás de la oreja.

O. G. T. — Cercedilla.

— ¡Juan!

— Mande el señorito.

— Tráeme las botas.

— Aun no están limpias.

— ¡Animal! Ya estás limpiándolas en seguida, porque monto en cólera...

— Entonces, ¿traigo al señorito las botas de montar?

JULIO SANZ. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Corripis, de Oviedo.**

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

6. — Charada de volumen.

— No sé, Maruja, con lo preciosa que tú eres, cómo sostienes relaciones con ese *prima-tres* de hombre.

— Tú le llamas *prima-tres*; otras amigas le llaman *tres-tres*. Pero..., la verdad..., quien me *tercia-dos* a mi gusto como él no lo encontraría ni con canchales.

— Además, dicen que *dos-dos*.

— ¡Que digan!... ¡Bien *todo* y bien rico que es!

7. — De conejo y liebre.

MANCHA EN 5051 LA CARA

8. — En los globos.

DONDE SE BEBE DE PIE

PIEZA DE BARCO

CUPÓN

correspondiente al número 67
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EN EL MUSEO

ELLA. — Si quitaran las estatuas, ¡qué hermoso salón de baile!

(De Punch, de Londres.)

9. — De rapiña.

NO 6 VIO



— ¡Cómo!... ¿Usted bebiendo, y eso que pertenece a una Sociedad antialcohólica?

— Sí...; pero no he abonado todavía mi cuota anual.

(De Judge, de Nueva York.)

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 66.

Ayuntamiento de Madrid

Concurso de pasatiempos del mes de enero.

Verificado públicamente el día 27 de febrero el sorteo correspondiente al mencionado Concurso, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO. — A D. Guillermo Miller, Lagasca, 18, Madrid.

SEGUNDO PREMIO. — A D. Enrique Gilis, Ronda (Málaga).

TERCER PREMIO. — A D. José García de la Sota, Portugalete (Vizcaya).

10. — Con la solución se pasa el rato.

PRONOMBRE VIRALITOS REFLEXIVO

11. — Obra teatral.

0101V PULMONÍA

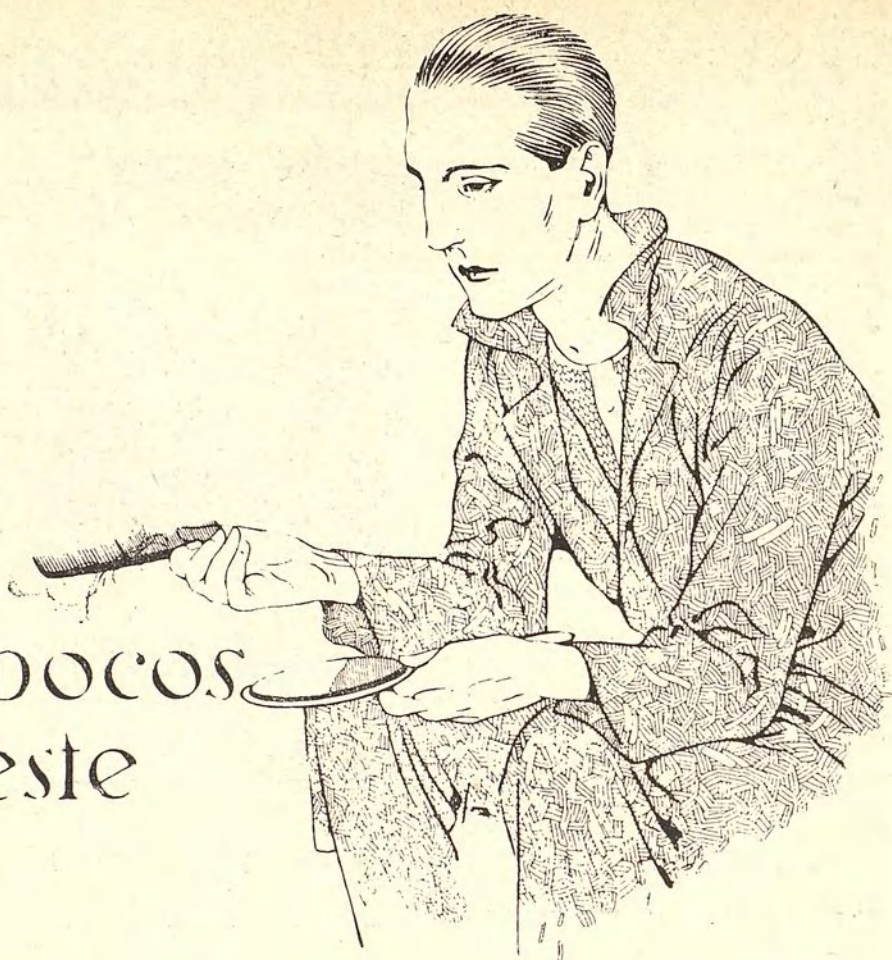
LAR

II

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

Muchos pocos
como este



acaban con la más espléndida cabellera cuando no se tiene la precaución de acudir al Petróleo Gal. Para combatir la caída del cabello, es necesario mantener el cuero cabelludo en

estado de perfecta limpieza y sustituir con un lubricante la grasa natural que le falta al cabello cuando empieza a perder vigor. La mejor preparación para este doble fin es el

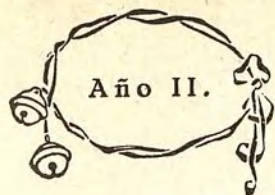


PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo, proporcionándole vigor y flexibilidad. El Laboratorio Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899.

El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

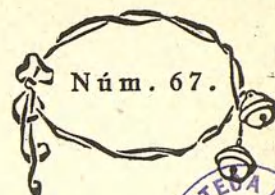
FRASCO 2,50 EN TODA ESPAÑA



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 11 de marzo de 1923.



TEATRO MODERNO

"LA VICTORIA DE VENUS"



VAMOS a presentar a nuestros simpáticos lectores las obras que van a estrenar en breve nuestros más esclarecidos ingenios teatrales. La que lleva el título que antecede es una humorada que destinan al teatro Martínez los señores Paredes, González, y maestro Alfonso Cor-sario.

CUADRO PRIMERO

El Olimpo. Nubes por todos sitios. Al foro, un puente con cinco ojos: en los ojos también nubes. Júpiter está sentado; le acompañan Juno, Plutón, Momo, Eolo, Neptuno y ninfas.

Música.

(Bailan las ninfas y hacen mutis.)

JUNO. — ¿Tampoco te diviertes las ninfas?

JÚPITER. — No, esposa mía. Ya no me divierten ni los discursos de don Fulgencio de Miguel.

PLUTÓN. — ¡No tiene cura!

JÚPITER. — La hipocondría me consume.

MOMO. — Quizás las mujeres...

JÚPITER. — Inútil. Caí en forma de lluvia de oro sobre Dánae, fui toro y rapé a Europa, me hice cisne para dar caba a la hermosa Leda... Si fui lluvia, fui toro, fui caba a Leda y tomé las tres...

EOLo. — ¡Que cambien la suerte!

JÚPITER. — ...las tres formas sin resultado. ¿Dónde está Minerva? Quizás con su sabiduría...

PLUTÓN. — Salíó a dar una vuelta.

JÚPITER. — ¡Siempre dando vueltas! Más que Minerva, parece una rotativa. ¿Venus?

MOMO. — Enferma.

JÚPITER. — ¿Le acompaña alguien?

MOMO. — Está con Mercurio.

JÚPITER. — ¿Y Diana, y Marte?

NEPTUNO. — Los encontré en el bosque...

JÚPITER. — ¿Qué hacían?

NEPTUNO. — Marte estaba tocando a Diana.

JÚPITER. — Tampoco veo a Baco.

BACO *(entra con Venus, la cual viene elegantemente desnuda)*. — Aquí estoy, omnipotente Jove. *(A Venus.)* Pasa, tú.

VENUS *(ruborosa)*. — Salud.

MOMO. — ¡Rejúpiter!... Está para comérsela.

PLUTÓN *(rebuznando)*. — Uuuuj... Uuuuj... Uuuuj...

BACO. — Hemos venido a curarte. Yo te enseñaré lo mejor de mi reino, y Venus también te enseñará cosas que no has visto.

PLUTÓN *(aparte)*. — ¿Le irá a enseñar los menudillos?

JÚPITER. — Si así lo hacéis, seréis mis predilectos.

BACO. — Pues arrea p'alante. *(Mutación.)*

CUADRO SEGUNDO

El reino del dios Baco. Cubas y parras con dorados racimos por doquier.

JÚPITER. — ¿Quiénes son aquellos que vienen por allí? (1)

BACO. — Son el Vermut y las Anchoas. Escuche. *(Entran dichos personajes, representados por mujeres que lucen ingeniosos trajes.)*

Música.

VERMUT.

Soy incitante,
soy excitante,
y el que me tome
ya lo verá.
Mucha ganita
de otra cosita
yo le aseguro
que le dará.

ANCHOAS.

Somos chiquititas,
somos desgraciadas;
pero en cambio somos
bastante saladas. *(Mutis)*

JÚPITER. — No me divierto.

BACO. — Pues mira ahora la gran fiesta vinícola.

(Entran el Ajenjo, el Champagne, el Cointreau, el Valdepeñas, el Jerez, el Chinchón, el Coñac, etc., y bailan desenfrenadamente. Telón.)

CUADRO TERCERO

El reino de Venus. Todo azul y blanco. Esculturas, flores,

(1) Por cada revista que encuentren ustedes en la que no haya esta frase, les regalamos dos pesetas y la suscripción gratis a BUEN HUMOR por una semana.



D.b. SILENO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

alguna que otra paloma y un par de palominos atontados.

JÚPITER. — A ver si tú logras divertir me. Baco no lo consiguió.

VENUS. — Pues, escucha: las futbolistas del amor.

(*Estas visten traje alegórico. En vez del balón traen un corazón, con el que simulan jugar.*)

Música

FUTBOLISTAS.

Somos el equipo triunfador
de las futbolistas del amor.
Y siempre nos sirve de balón,
del hombre enamorado, el corazón.

Dale con el pie,
dale una pata,
dale por aquí,
dale por allá. (Mutis.)

JÚPITER. — Cada vez estoy más neurasténico.

VENUS. — He aquí la prueba final: las mujeres españolas.

(*Entran las mujeres españolas en camisa, prenda que tiene los colores nacionales. Además llevan peineta y un mantón de Manila al brazo.*)

ESPAÑOLAS.

Españolita, españolita soy,
de Cuenca, de Madrid y de Valencia,
de Sevilla, de Cádiz y Palencia,
de Málaga, de Córdoba y de Alcoy.

Quiero a un manolo,
quiero a un chispero
quiero a un gitano
quiero a un torero;
¡cualquiera sabe
a quién yo quiero!
La sangre de los héroes
por dentro de mí arde.
¡Que vivan Malasaña
y Daoiz y Velarde!
¡Olé, olé y olé!

Soy la más chula
que ha visto usted.

Hablado.

JÚPITER. — ¡Ole vuestra madre! ¡Viva la alegría, la juerga y el desmoronamiento mitológico! Ya estoy curado. Que nos sirvan una ronda de néctar con tapas de ambrosía, y que siga la juerga.

(*Gran apoteosis final. Entran todas las diosas y ninfas vestidas (?) de españolas. Se hace un rompimiento al fondo y aparece Agustina de Aragón en culotte apuntando con el cañón a un francés. Junto a ella, una figura que representa a Marcial Lalande, sostiene la bandera nacional. Forillo de la Alhambra. En un torreón toca la guitarra Boabdil el Chico. Música, baile, gritos, aplausos, coces, relinchos, eructos y, afortunadamente, telón.*)

Por la transcripción,

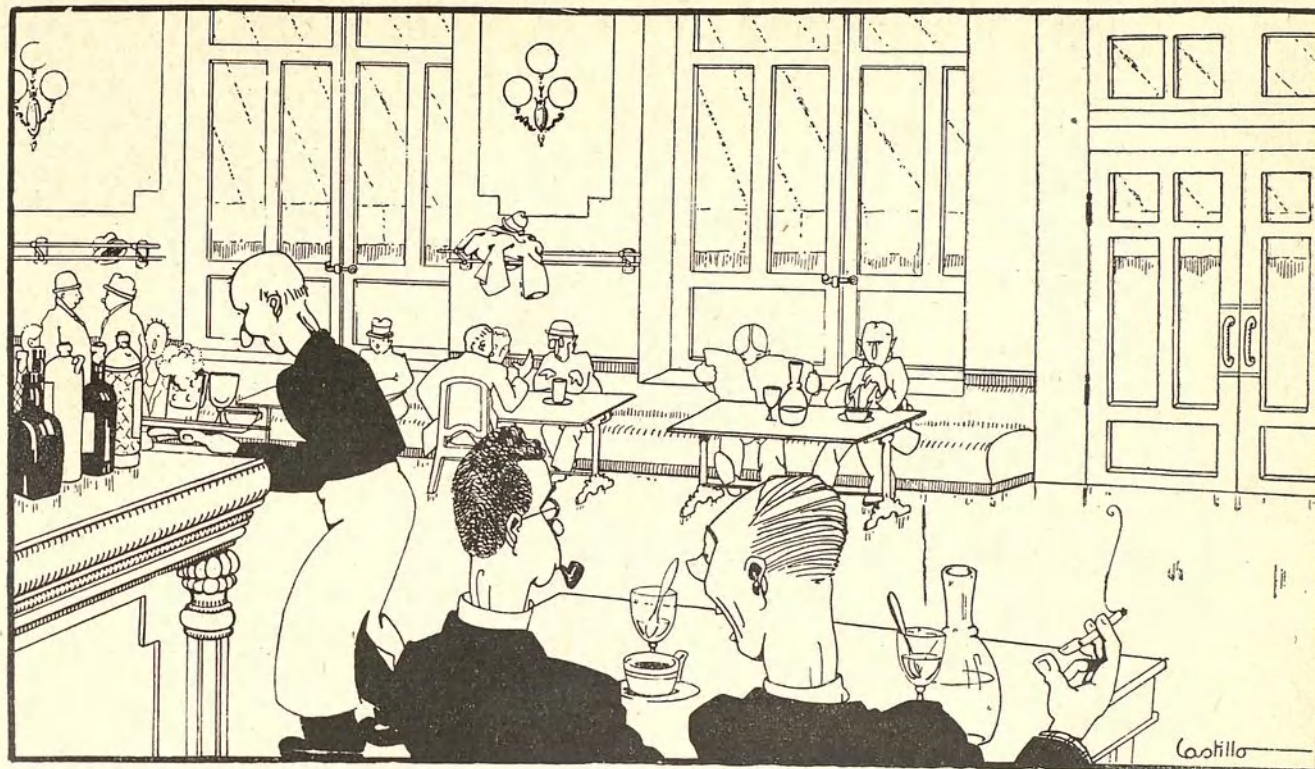
FERNANDO PERDIGUERO



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— Mira, cristiano: si vinieras sólo por la Fauna, me tendría sin cuidado, porque no la conozco; pero como me han dicho que además vienes por la Flora, que es mi favorita, ¡voy a hacer que te rebanen el cacagües de un solo tajo!

Ayuntamiento de Madrid



ENTRE MÉDICOS

Dib. CASTILLO. — Madrid.

— Chico, los diez entornos que tenía se me han puesto buenos.
— ¡Claro! ¡Te pasas la vida en el café!

Vidas de animales narradas por ellos mismos

EL PEZ

I

No sé quién ha propalado por el mundo la falaz noticia de que nuestra vida en el líquido elemento es aburrida. Tal afirmación constituye una manifiesta falsedad.

Yo opino lo contrario, a saber: que la vida de los peces es sumamente agradable. Puede que mis congéneres los habitantes del mar pasen malos ratos. Es posible que cuando el huracanado viento remueve las aguas verdosas, produciendo terrible temporal, sufran cierto malestar. Concedo que alguno de ellos llegue a *marearse*...

Pero para los que tenemos la fortuna de pertenecer a la fauna de aguas dulces, la existencia es sumamente agradable y deliciosa... ¡A mí esto me parece un paraíso! Lo cual no quiere decir que yo juzgue, ni mucho menos, este estanque en que me hallo lugar habitable para seres de todo género. Especialmente no lo recomiendo a aquellos que la humedad les moleste...

También está muy extendida la creen-

cia de que los pescadores de caña suponen un terrible peligro para nosotros, los peces. En efecto: durante cierto periodo del año recibimos la visita de tan amables señores. Llegan por la mañana temprano, armados de una larga caña, lanzan al agua el anzuelo y se dedican a esperar a que alguno de los nuestros pique. Pero nosotros no somos tan confiados como se figuran esos buenos hombres, y, claro está, tenemos ya nuestra *escama*.

Sobradamente conocemos la añagaza que constituye ese trozo de curvo acero cubierto de codiciable alimento que flota inmóvil en las aguas... Al divisar semejante lazo, lo que hacemos es, sencillamente, comernos la carnaza por medio de hábiles rodeos, dejando limpio, mondado, el anzuelo de reluciente metal.

Algunas veces, lo reconozco, se ha dado el extraordinario caso de que alguno de mis semejantes, en un raptó de glotonería, picando ansiosamente el succulento cebo, haya caído prisionero. Mas este congénere sucumbe víctima de su propia ignorancia. Es un ser incauto, inocente. Es, en una palabra, un pez.

II

Bien a pesar mío, me veo obligado a modificar el optimista concepto por mí formado acerca de nuestra vida.

En el estío constituye una voluptuosidad surcar las aguas del estanque, bañado por la resplandeciente luz del sol; mas en el invierno, el cielo aparece cubierto por nubes, y en más de una ocasión suele llover. ¿Cómo realizar mis acuáticas excursiones con tiempo tan inclemente? Yo, los días de lluvia, que, por desgracia, abundan, ante el temor de mojarme, me veo obligado a quedar en casa, lo cual me produce un gran aburrimiento.

Otra causa de mi cambio de opinión se funda en un hecho recientemente ocurrido. Sabido es que los peces, formando diversos grupos, nos dividimos en numerosas familias. Las relaciones entre estas familias, he de confesarlo, no son lo satisfactorias que sería de desear. Hay familias, no lo niego, que se tratan entre sí; pero otras, en cambio, rompiendo con elementales conveniencias sociales, hasta se niegan el saludo; existen ciertas de ellas que se mantienen en re-



Dib. LÓPEZ RUIZ. — Huelva.

— No puede usted figurarse lo que me molesta la etiqueta.
 — ¡Si ya le he dicho que estamos en confianza!
 — Lo digo porque traigo camiseta nueva, y en cuanto me muevo me hace cosquillas la etiqueta.

laciones de gran tirantez, y algunas, sin ninguna clase de miramientos, se dedican a comerse unas a otras.

Los servicios de avituallamiento dependían hasta hace poco del pez más antiguo del estanque, un pez grande de color oro. Merced a su admirable organización, ninguno de sus súbditos carecíamos del sustento necesario. Mas un aciago día, este pez de color oro, al faltarle oxígeno para la respiración, amaneció ahogado.

Su sucesor, careciendo de tan magníficas dotes, no cumple su misión, y nosotros, los pobrecitos peces, carecemos de comida en infinitas ocasiones. Llenos de pánico, pensamos en el hambre que vamos a padecer. ¿Quién nos salvará?

¡Yo prometo, dios Neptuno, encender dos velas en tu honor si de algún modo nos sacas de este ahogo!

III

Agotadas nuestras provisiones alimenticias, miles de peces sucumbieron de inanición, y los supervivientes, desfallecidos y resignados, aguardábamos

la llegada de nuestro cercano fin. Mas perdida ya toda esperanza de salvación, sucedió un hecho prodigioso, sorprendente...

Un buen día vimos acercarse al estanque a diversos individuos, que, después de preparar sus aparejos, lanzaron al agua grandes cantidades de carnaza. Eran los pescadores de caña, que, terminada la veda, volvían a cultivar el noble ejercicio de la pesca.

¡Qué suculento festín, al desquitarnos de las hambres sufridas! ¡Cómo llenamos nuestros vacíos estómagos con el exquisito cebo que magnánimamente arrojaban al estanque nuestros visitantes!

Claro está que ninguno de nosotros picaba en los anzuelos; ocioso juzgo el indicarlo.

¡He aquí resuelto ya de ahora en adelante el grave problema de nuestra alimentación! ¡Gracias a conducta tan generosa, teníamos asegurado el sustento para una larga temporada!

¿Qué sería de nosotros si no existieran tan beneméritos ciudadanos?

Los pescadores de caña, lo reconozco,

buscan nuestra muerte; pero nosotros, los peces, también lo reconozco, en infinitas ocasiones los debemos la vida...

Por la transcripción,
 LUIS ESTEBAN

Consultorio público

Indudablemente tengo cara de persona amable: no hay hombre a quien le dirijan más preguntas por la calle.

— ¿Quié usté icirme p'aonde tiro pa dir a la plaza el Angel?

— Si, señor; tire derecho y dará con ella a escape.

— ¿Tiene usté hora, caballero?

— Las cinco y media.

— ¡Húy que tarde!

Y se va sin dar las gracias, tal vez por no retrasarse.

— Oiga, ¿qué tranvía tomo pa el paseo de Rosales?

— El seis; pero hay otros varios que le pondrán en la cárcel.

— Usté que tie buena vista, léame esto, si le place.

Y yo leo un papel sucio, aunque ni pizca me agrade.

— Caballero, ¿el hospital de Jesús, por dónde cae?

Se lo explico (con deseos de que algún trozo le alcance).

— Señorito, usté perdone.

¿Usté, por un casual, sabe de una casa pa doncella?

— Pregúntelo en otras partes.

¿Papel de fumar? A miles.

¿Cerillas? A centenares.

Me han tomado los chiquillos por un estanco ambulante.

Y además de estas molestias de un prójimo inaguantable, hay otras muchas fortuitas que no son culpa de nadie.

Levanto niños caídos, con la ternura de un padre; conduzco a un ciego del brazo para que cruce la calle.

Si una joven se accidenta, la desabrocho y doy aire, o hago indicaciones útiles, si es señora respetable.

Separo a dos que se pegan, ayudo a un mozo a que cargue, y entrego a las señoritas las cosas que se les caen.

Y hoy, que ni la hoja del árbol se mueve sin que la paguen, me asombro de las mil cosas que estoy haciendo de balde.

Y, o me pinto un entrecejo y me adhiero unos lunares de pelos que den al rostro el gesto de un mal carácter,

o utilizo desde ahora un cuadernito de vales,

y a diez céntimos servicio

¡Roll-Roys, Renard y Poulardes!

RAMIRO MERINO



— Pero ¿usted con automóvil, Exuperio?
— Sí, amiga mía. Hace algún tiempo inventé un específico para hacer nacer el pelo, y, guárdeme usted el secreto, me está dando un resultado excelente!

Dib. AREUGER. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

LAS PALABRAS TRUCULENTAS

Quede iniciada la representación gráfica de algunas palabras. Los diccionarios representan todo lo que tiene una representación inmediata en nosotros: «rastrillo», «zapato», «sombrero», «pluma», «peine», «botines»; pero las palabras que no tienen una cosa detrás de ellas, las palabras vagas, inverosímiles morrocotudas, nunca tienen estampa, viñeta o facsimil.

En animalitos también son muy expresivos los diccionarios ilustrados, y dan la pulga, el gorgojo del trigo, el pelicano, el hurón y la mosca.

Parece que encontraron en las imprentas como material desusado numerosos grabaditos que sirvieron para las simples lecciones del pasado, y los uti-

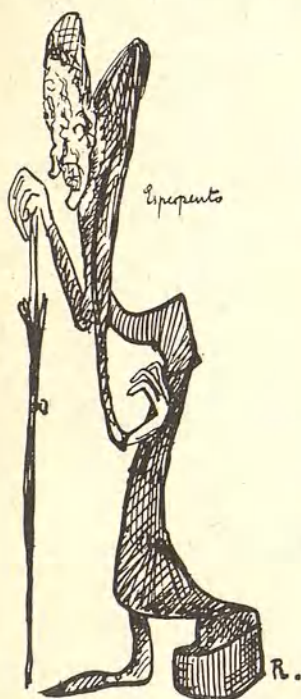
embustero y bellaco, que habría de conocerse fisonómicamente, con sus rasgos especiales y su indumentaria especial, para diferenciarlo del sinvergüen-



Sólo he sentido no haber contado con espacio para señalar las diferencias y demostrar que «adefesio» no es lo mismo que «esperpento». ¡Qué diferencia entre los dos prototipos femeninos y masculinos de esas dos palabras!

También «mariposón» hubiera tenido más relieve comparado con los otros conquistadores que figuran en la galería galante, como el «Don Juan», el «despelusador» y el «enlabiador». Especies completamente distintas: unos con bigote, otros sin él; unos con un sombrero, otros con otro; unos con leontina, otros con larga cadena de oro.

«Estantigua» ha sido entre las palabras puestas a prueba por mi lápiz la que más dificultades me ha costado. En



za puro? ¿Cómo es un «menguado»? ¿Qué diferencia de palmito hay entre un «currutaco», un «lechuguino», un «pisa-verde», un «gomoso» y un «pollo»? Sólo un lápiz aplicado, atrevido, que sepa trazar las líneas seguras en plena oscuridad, podría señalar esas diferencias dibujando a los distintos personajes.

Es difícil, bien lo sé, esta interpretación pintoresca de las palabras; pero yo soy capaz de intentarlo todo, y sobre todo las cosas que merecen el entusiasmo de nuestra sinceridad, porque son de las que salen a cierra ojos o no salen, de las que prueban el espíritu.

Como muestra de esa interpretación que podría marcar las palabras más



lizaron ya que estaban allí tan a mano. En plantas y florecitas también es expresivo el diccionario, y dará siempre el dibujo de la patata, llegando los más completos a dar la patata frita como último y perfeccionado derivado de la patata. También ilustrará la flor del ricino, que hará que no nos sea tan antipática su derivación, y explica detalladamente cómo es el perejil, «planta que se suele echar a los biftecs».

Pero nunca el diccionario intenta dar una explicación expresiva de ciertas palabras que lo exigen, y que si yo hiciese un diccionario, las llevaría.

¿Cómo es, por ejemplo, un «capigorrón»? ¿Qué tipo y qué figura tiene un «camandulero», ese tipo de hipócrita,

abstractas, he dibujado algunas palabras de las que se estaba necesitando saber cómo era el tipo arquetipal que las correspondía.

mis sueños, pero sin saber en cuál ni cómo, ya había figurado alguna vez el estantigua titular, el que necesitaba encontrar, ese que reproduzco.

Después de mucho meditar, me acordé primero de un perro terrible que había figurado en aquel sueño, y el perro, insistiendo como esos que quieren llevarnos a socorrer un herido que hay en el monte, entre unas zarzas o bajo la nieve, encontré al caballero «estantigua», con su pistola al cinto, y vi que en la casa del fondo se asomaban con miedo a las ventanas, escudándose detrás de ellas, numerosos vecinos atemorizados, dando la mayor sensación de espanto uno de esos gatos que huyendo echan la garra a las paredes y se siente con

escalofríos cómo suenan sus uñas al afianzarse, al clavarse en las resacas paredes o resbalar en los alféizares de las ventanas.

Ese personaje truculento, aislado, fantasmagórico, que el diccionario sólo define diciendo: «Visión o fantasma que espanta, o persona muy alta y seca, mal vestida», sólo se completa con ese figurín de estantigua que yo doy, uniéndolo a ese perro de lengua llameante y carlanca terrible, que en estado de «videncia» pude precisar.

Del «lucífugo», del «gznápiro», del «escuerzo» y de tantos otros entes hasta hoy sin descripción auténtica de su tipo, querría también trazar la silueta; pero estas planas mías tienen un límite inexorable.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

Chirigotas con punta

¡LOS DOS!

¿Quién no conoce a *Llapisera*? ¿Usted?... Y ¿no le da vergüenza?

Sería tolerable que no conociese usted a Niceto Alcalá Zamora; pero ¡a *Llapisera*!...

Bueno; que no vuelva a ocurrir. Por no conocer usted a *Llapisera*, tengo yo que describirlo ahora. ¡Con lo que eso me molesta!...

En fin, vamos allá.

Rafael Dutrás, conocido — y no de usted — por *Llapisera*, es un torero bufo que se ha hecho popular por su estatura. La estatura de *Llapisera* tiene la culpa de que el hombre no haya podido ser torero trágico. Intentó serlo; pero cuando daba un lance escalofriante y la gente veía pasar al toro — ¡treinta arrobas de toro! —, que apenas rozaba con los pitones las rodillas del elevado artista, lo tomaba a *chufra*. Y *Llapisera* hubo de ser torero bufo.

Ya se habrá dado cuenta usted de la estatura de *Llapisera*, ¿verdad?

Bien; pues, entonces, vamos a la anécdota; y vaya sobre su conciencia el tiempo que me ha hecho perder en la descripción de la estatura de *Llapisera*.

El aprendizaje taurino de nuestro héroe fué mucho más duro que el de los restantes *afisionaillos*, a causa, precisamente, de su desmedida talla. Es axiomático, entre *coletas*, que el primer enemigo del aprendiz de torero es el revisor. Nuestros más afamados astros pitonudos conocen mejor la medida del hueco existente bajo los asientos de los vagones del ferrocarril que los tratados de Urbanidad. Ese hueco providencial ha servido a muchos de kilométrico durante largos años y no cortos viajes. A *Llapisera* le estaba vedado ese recurso.

¿Por qué?...

Por su estatura.

Más de una vez pensó — con esas luces naturales en los que se dedican a su arriesgada profesión — en la posibilidad de fraccionarse, para ocultarse bajo dos asientos a la vez; pero amigos cariñosos le hicieron comprender la incompatibilidad de hacer ese viaje por ferrocarril, continuando a un tiempo mismo el que hacemos por la vida.

Y *Llapisera*, mientras sus camaradas, válidos de la propia pequeñez, viajaban casi de recreo, holló con sus pies todas las carreteras de España, saciando su rencor en los viñedos y melonares que a su paso hallaba.

Pero una vez — esa vez de todos los cuentos — *Llapisera* supo en Valencia que se celebraba una capea en Alalparido, provincia de Madrid. Tenía veinticuatro horas para llegar, y admitiendo la posibilidad de que con sus piernas — dos telegráficos postes — apretase a correr y no lo dejase en las dos horas primeras de marcha, era indudable que no llegaría, ni con ese principio, ni con esos postes...

Y entonces fué la primera y única vez que *Llapisera* pretendió burlar la feroz vigilancia de un revisor, viajando debajo de los asientos.

Minutos antes de arrancar el tren subió *Llapisera* a un vagón de infima clase, uno de cuyos laterales hallábase ocupado por los cinco viajeros que el reglamento dispone. Dos señoras, un sacerdote, un caballero y un viajante de lana de los Pirineos, de Palafrugell.

Con lastimera elocuencia expuso el torero su cuita y logró que los viajeros, enternecidos, le permitiesen ocultarse bajo el asiento, aceptando previamente dos condiciones que el pudor obligó a imponer a las señoras.

Y *Llapisera* se ocultó, trató de ocultarse bajo el asiento. No había manera. O

por un extremo del banco aparecía su cabeza hasta los hombros, o por el otro se le escapaban los pies hasta las rodillas...

El conflicto era de los más serios que registra la historia del toreo...

¿Qué hacer?

El viajante de lana de los Pirineos, de Palafrugell, aconsejó:

— Hágase *vostet* un nudo...

Pero *Llapisera* no tenía tiempo de seguir el consejo, porque ya sentía los pasos del revisor en el departamento inmediato... Los viajeros, compadecidos, trataron de ocultarle lo mejor posible poniendo en contacto las nueve piernas de las cinco personas. Decimos las nueve piernas, porque para copete de desdichas, el viajante presentaba su remo izquierdo cortado a cercén por el muslo...

El revisor estaba a punto de llegar.

Llapisera escondió los pies y trató de hacerlo mismo con la cabeza. ¡Imposible! No cabía su testa..., y allí se mostraba, fuera del asiento, con la misma trágica expresión que si un verduguito medieval se la hubiese seccionado de un tajo.

Entró el revisor, pronunciando la frase acostumbrada:

— Los billetes, señores.

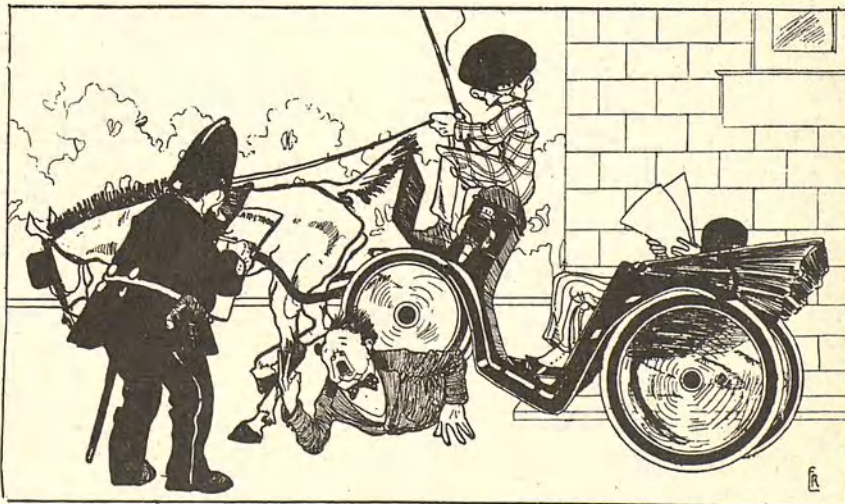
Y en seguida vió a *Llapisera*, vió la espantada cabeza de *Llapisera*... Sonrió cruelmente, y después de pronunciar un castizo: «¡T'has caído, galán!», avanzó. *Llapisera* oyó la frase, sonándole a saxofón apocalíptico, y ocultó rápidamente la cabeza.

— ¡Sal de ahí en seguida, granuja! — tronó y relampagueó el revisor.

Los pies de *Llapisera* asomaron convulsos por el extremo opuesto. El revisor, de un salto de tigre, le atenzó por un tobillo y gritó enérgicamente:

— ¡Y tú también! ¡¡¡Los dos!!!

F. RAMOS DE CASTRO



Dib. E. R. — Barcelona.

— ¡Guardia! Haga el favor de ir a la calle de Ludovico el Pío, número dos, piso segundo, y diga a mi esposa que no esté con cuidado, pues, como usted ve, me están atropellando que es un encanto.

Ayuntamiento de Madrid

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

XXXV

Hace bastante tiempo que este humilísimo servidor de ustedes venía notando en todas las caras de todos los parisienses unos síntomas de alegría, de felicidad reconcentrada, de satisfacción por haber nacido y de venturosa digestión, que, ¡la verdad!, me dieron que pensar.

Algo pasaba en París, ¡y algo gordol, que mis pobres ojos (que un tiempo fueron el encanto de las mujeres) no sabían o no podían ver ni observar. Toda alegría reconoce una causa, como todo dolor reconoce un bofetón, un estacazo o una fluxión de boca; por tanto, la alegría de París tenía que provenir de algún grato suceso que yo ignoraba, aunque me extrañase que nadie me lo hubiera contado, porque aquí la gente es muy chismosa, y me han dicho cosas atroces: una de ellas que Napoleón se acostaba con calcetines, y otra que el poeta Verlaine tenía hemorroides, causa principal de que no pudiera llegar a sentarse en un sillón de la Academia.

Pero como yo a veces tengo una suerte borracha, lo que la gente no me quiso contar lo averigüé la semana pasada, verificando el sencillísimo hecho de escuchar una conversación; acto un poco

bellaco, del cual espero que ustedes me absuelvan, cosa que harán en seguida, y con mucho más gusto cuando sepan que Dios ya me ha perdonado. Esto último lo sé de buena tinta, y por eso lo digo; y ya les explicaré a ustedes más adelante cómo me he enterado del asunto.

Decíamos que cuando más intrigado me encontraba yo con la misteriosa causa de la alegría de los parisienses, una conversación mantenida en voz baja y a mi vera me dió la clave del regocijo popular. Fué en un bar de la *rue de Babylone* (no confundirse con el que marea), y a esa hora tan pintoresca en París en que el sol se pone, o mejor dicho, en que el sol se quita, y conste que no quiero darles a ustedes lecciones de gramática, de las que yo ando muchísimo más necesitado que nadie...

Me había sentado cómodamente a la puerta del bar, porque, por fortuna, yo no tengo las dificultades que el señor Verlaine (que en paz descansa, y que, por cierto, no me explico en qué forma se habrá sentado a la diestra de Dios Padre)... Me había servido un *Pernod* el camarero, y cuando estaba apurado, no el camarero, sino el *Pernod*, y además del *Pernod*, un servidor, porque noté que me iba a sentar como una purga, hicie-

ron su entrada en el bar dos personajes, que desde luego me llamaron la atención. Iban completa, desastrosa, descarrada y definitivamente curdas. Uno de ellos lucía unas narices estilo *Cyrano de Bergerac*, y el otro unas idem estilo *Sánchez de Toca*, lo que quiere decir que aun son mayores, cosa que me enorgullecí, porque si *Cyrano* es francés, *Toca* es español, y su triunfo nasal debe alegrar a sus compatriotas... Los dos beodos, que además de ir borrachos de mosto iban ebrios de felicidad, solicitaron dos copazos de vino de *Languedoc*, y tuve el gusto de vérselo tomar por la boca y rechazarlo ruidosamente por la nariz al grito de «¡Viva la esposa del Káiser!», que lanzaron a dúo y riéndose a carcajadas como si les hiciese gracia...

Este grito, sorprendentísimo en dos franceses, aunque estén *merluzas* perdidos, y la conversación íntima y misteriosa que mantuvieron después, y que, como he dicho hace un poco, cometí la avilantez de escuchar, me pusieron sobre la pista, y antes de dar las ocho de la noche sabía yo la razón por la que París estaba tan contento desde hacía mes y medio...

Hay que confesar que había motivo para ello...

Guillermete II, según ustedes saben, se casó hace poco. Aunque se dijo que la boda era por amor, en París le consta a todo el mundo que fué por imposición de los aliados. En efecto: meditando éstos qué castigo sería más cruel para el tronado ex Emperador (y digo tronado, porque destronado es lo que dice todo el mundo, y no es verdad), pensaron encerrarle en una prisión, meterle en un manicomio, recluírle en una isla desierta y hasta pasarle por las armas si se ponía tonto; pero, a pesar de lo serías que eran todas esas cosas, aun les parecían poco a Lloyd George y a Poincaré, y entonces surgió un nuevo castigo, más horrible, más tremendo, más mortífero, más implacable que todos los citados: — ¡¡Que se case!!...

Hubo quien solicitó, y hasta se habló de llevar el asunto a la Cámara de los Diputados, que el matrimonio se efectuase obligando al Káiser a vivir con suegra y todo; pero opiniones más autorizadas dieron a entender que ya con el hecho de casarse tenía bastante y se podía decir que iba bien servido...

Y, ¡clarol, lo que los aliados pensaron, ha sucedido inmediatamente...

Según noticias llegadas a París, en casa de Guillermo la vida es una perpetua *juerga*... La preciosa vajilla de plata que este pobre hombre pudo embargar en Palacio antes de salir de *naja*, tiene una de bollos que espanta, y que



LA AVENIDA DEL «BOIS DE BOULOGNE»

Aquí tienen ustedes el famoso paseo que conduce a una de las puertas del famosísimo bosque, que ustedes conocerán (aunque mal) por los relatos cursilones de una infinidad de cronistas afrancesados, que no saben de París una linda palabra, a pesar de que algunos se pasan aquí la vida dando la lata a los franceses. Un ejemplo de lo mal que se conoce al bosque de Boulogne, es que casi todos los que le nombran no saben ni cómo se llama... pues tienen la avilantez de apodarse el bosque de Bolonia, cosa que yo no estoy dispuesto a tolerar ni un día más. ¡Bolonia, señores míos, en francés es Bologne; de modo que, el que no sepa traducir las cosas, que se calle, aunque sea académico de la Española, que es la que debe de tener la culpa de que haya prosperado semejante barbarismo...

Quedamos, pues, en que el que diga o escriba bosque de Bolonia, que no cuente jamás con que yo sea buen amigo suyo...

prueba los usos poco culinarios a que es sometida... El mismo Káiser ha tenido que emplear innumerables veces el tafetán inglés por pliegos; y ya comprenderán ustedes que, siendo inglés el tafetán, le ha de producir casi tanto dolor como la contusión a la que se lo aplique... Y para colmo de desdichas, la esposa del interfecto parece ser que ha protestado de que Guillermo es un desagradable vejestorio, y éste no ha encontrado otra solución para el conflicto que buscar la juventud haciendo que le injerten unas glándulas de mono...

El resultado ha sido formidable... Excepto subirse a los árboles, el desgraciado rey cesante ha hecho todo lo que hacen los monos, que, como ustedes saben, es bastante poco académico para una esposa bien educada, y la esposa, por tanto, ha tarifado con Guillermino y se ha ido a vivir a otras habitaciones.

Resumen: que el Káiser estaba mejor cuando era viejo y feo que ahora que es joven y monísimo, y que su señora acaba de hacer una cosa que yo estimo muy lógica, después del indicado injerto de las glándulas, y que es una consecuencia del mismo:

¡¡Que le ha dado un mico fenomenal!!!...

XXXVI

El otro día (y juro por la salud de Abd-el-Krim que lo que voy a decir es una verdad como un templo) se sacaron a pública subasta los siguientes objetos, que pertenecieron al honradísimo sujeto M. Landru, fallecido por desgracia para la patria, y creo que algo en contra de su voluntad:

Una bicicleta.

Una batería de cocina.

Una cama, sin colchón.

Tres cadenas para perros.

Un mechón de pelo.

Un vaso de noche.

Y una sombrilla de señora.

Debo anticiparles a ustedes que yo, que asistí a la subasta, no me pude quedar con ninguno de esos valiosos objetos, porque llegaron a alcanzar precios verdaderamente fabulosos. Además, yo creo que por tres cadenas para perros dar más de tres perros gordos es excesivo, porque aun llevando tres perros chicos sueltos, le debían dar al que los llevase las tres cadenas; y creo asimismo que una cama sin colchón no es una cama, sino una camama; como creo que es un absurdo pagar, como se pagaron, seis mil francos por una batería de cocina, cuando en la misma Francia se ha vendido una batería del octavo regimiento en bastante menos dinero... Y si bien es cierto que esta batería no podía tirar, sepan ustedes que la batería de Landru, si puede tirar, será a lo sumo quince días..., porque después, como no se gasten el dinero en componerla, el que podrá tirar será el comprador, y lo que tire será la batería.

Pues bien: a pesar de todo, hubo pri-



LA PLAZA DEL «CARROUSEL»

No se crean ustedes que el carrousel que no se ve es un tío vivo, con cerdos galopantes o con indómitos corceles de madera (quince céntimos las dos vueltas). No se trata de un carrousel de verbena, no. Se trata de otro carrousel, que es el que da nombre a la plaza, pero de cuyo carrousel yo no sé una palabra, lo cual me impide enterarles a ustedes de lo que yo no sé, y crean que lo siento de verdad; pero contra lo imposible no hay quien luche.

Perdónenme; pero ya se habrán dado cuenta de que yo no tengo la culpa. Y gracias anticipadas.

mos que cargaron con todos los enseres de Landru..., y más que hubiera habido...; y como supongo que será de interés para la historia registrar los nombres de los poseedores de tan importantes objetos, pongo en conocimiento de ustedes que la bicicleta se la llevó un tal M. Clamart; la sombrilla, una señorita cuyo apellido era Lablache, y el mechón de pelo, un inglés, de nombre desconocido, pero calvo, lo que me hace suponer que quizás quisiera hacerse un injerto semejante al que ha provocado la tragedia de Guillermo II.

El vaso de noche, que de propósito he dejado para lo último (que es para cuando se dejan estas cosas), pues el vaso de noche, repito, y ustedes perdonen, se lo llevó un señor grueso llamado M. Bazin.

Y por si ustedes creen que esto es un indigno chiste mío, les ruego que consulten los apellidos gloriosos de Francia y verán los Bazins con que se encuentran, y que alguno de ellos no tiene más remedio que ser el padre o abuelo del incauto comprador del vaso nocturno tantas veces mencionado.

Pero lo más peregrino de esta subasta no ha sido la subasta, sino sus consecuencias.

Ayer, al anochecer, y en una tienda de *antiquités* de la rue Clovis, me encontré el escaparate rodeado de unos ochenta socios, que contemplaban aborrotos una maquinilla de afeitar colocada en un estuche con forro de raso verde.

Sobre el estuche había una lacónica inscripción: *Ayant appartenu a mon-*

sieur Landru. ¡Y luego decimos que los franceses son unos vivos!

Serán vivos los que poseen los escaparates; pero los franceses que se paran ante los escaparates, son unos desgraciados *almas mías*...

¡¡Porque les vuelvo a jurar a ustedes por la salud de Abd-el-Krim (y por la de Romanones, para que no se moleste por la omisión), que ninguno de los que contemplaban la máquina de afeitar, con admiración y espanto crecientes, se paró a pensar que Landru tenía una barba que sólo se la hubiese podido extirpar con una máquina segadora movida a vapor!!!...

ERNESTO POLO

Paris.—Café de Madrid.—Marzo.

— LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN NUEVO SISTEMA

El estreno y triunfo clamoroso de *El niño de oro* trajo, trae y traerá como consecuencia inevitable y dolorosa una larga lista de producciones en que el elemento *pintoresco* de bailes, músicas y comparsas andaluzas constituye la *atracción*. Así, la zambra gitana y el desfile del último acto, que dan animación y color al citado sainete, van a ser repetidos ahora en cada obra que se produzca y que no tenga méritos para triunfar por sí misma.



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— Me habéis insultado... ¡Ahí va mi guante!... Quiero lavarlo en vuestra propia sangre...

— ¿No sería mejor lavarlo con bencina?...

El caso de *Currito el de las guitarras* es un aviso elocuente y alarmante. La obrita estrenada en el Infanta Isabel se puede dejar reducida a la fórmula sencillísima que sigue:

«Se cogen unos personajes. Se les hace pasar por escena unas cuantas veces, hasta que parezca que han transcurrido tres actos. Entonces se busca un grupo, comparsa o conjunto típico que bailen y canten al final de la obra, y se obtiene un *Niño de oro* con todas sus consecuencias y propiedades.»

Esta fórmula podría simplificarse todavía más:

«El éxito positivo de una obra, por pobre y miserable que sea, se consigue haciendo desfilar en el transcurso de ella una *andaluzada* cualquiera.»

Esto sucedió con *Currito el de las guitarras*, y así seguirá sucediendo — si Dios y el público no lo remedian — en varios estrenos que se anuncian en diversos teatros, y de los que la discreción nos impide dar sus nombres.

La *parranda de tontos* que se produce en el sainete del Sr. López Merino, es tan indispensable a la obra como las célebres armas de fuego con que se quería dotar a la imagen del dicho popular. Y esto que comentamos y encontramos inexplicable, amenaza con repetirse hasta el infinito. Conste nuestra protesta.

Nos recordaban a este respecto, no ha muchos días, que cuando se estrenó en Lara un juguete cómico titulado *El oso muerto*, el motivo principal del éxito fué una escena en que el personaje principal se escondía dentro de un armario... Creyéndose el empresario poseedor del secreto del triunfo, todos los autores que quisieron estrenar después tuvieron que esconder a los protagonistas de sus obras en diferentes muebles, que

a tal fin se esparcían por el escenario... Ahora, por lo visto, va a ocurrir igual. Busquen los dramaturgos de hoy, antes que un conflicto, o una idea, o simplemente un argumento entretenido, el medio de presentar al público un conjunto popular de danzas y cantos. Con eso es bastante para lograr el éxito.

O al menos se creen las gentes eso

"EL TÍO PACO"

Este tío Paco no es aquel que venía con la rebaja. *El tío Paco*, de Asenjito

y Torres del Alamo, es un *tío* con toda la barba, que no sólo no rebajará nada, sino que aumentará espléndidamente el crédito artístico y económico de los juveniles saineteros, comediógrafos y dramaturgos.

Este *tío Paco*, con música del maestro Gilbert, hizo su brillante presentación en el teatro Cómico no hace muchas noches: fué objeto de cariñosas manifestaciones de afecto y simpatía por parte del público, que le encontró campechante, agradable y excelente persona, y le aplaudió con regocijo.

El nuevo familiar de Asenjito y Torres, como ya dijimos antes, será benéfico para los intereses de la popular pareja, tan conocidos de los estimados lectores de BUEN HUMOR.

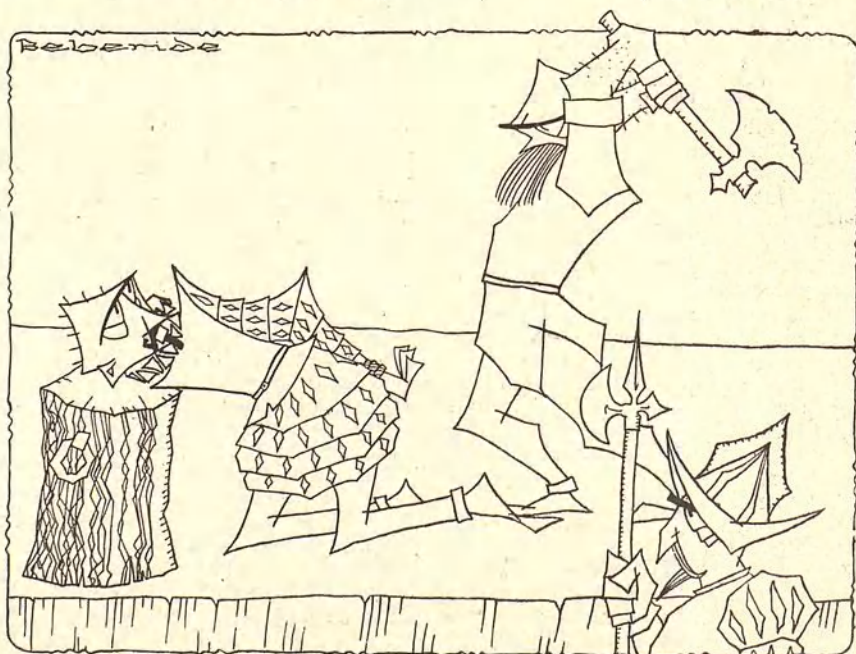
"LAS MARISCALAS" Y "EL DILEMA"

¿Ustedes conciben un triunfo de verdad, sin fox, sin tango y sin los restantes números de música que son ahora la *dernière*? No podíamos sospecharlo nunca, y ni siquiera se nos cruzó por la imaginación.

Y, sin embargo, esto ha ocurrido con la zarzuela *Las mariscalas*, estrenada por D. José Tellaeche y el maestro Calleja, obra a la que tampoco hemos de elogiar apenas, porque hacerlo en estas columnas no entra dentro de nuestras convicciones. Lo mismo decimos de la comedia *El dilema*, de Juan Ignacio Luca de Tena.

En BUEN HUMOR no es costumbre dar bombos, aunque sean justos, como en los dos casos anteriores.

José L. MAYRAL



EL REO. — ¡Cortando cabezas..., eres un hachal...

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

LOS ÉXITOS TEATRALES

"LA MALA LEY"

El ilustre comediógrafo Sr. Linares Rivas ha estrenado con éxito resonante esta admirable comedia, que la compañía del teatro Lara interpreta de un modo maravilloso y de la que a continuación reproducimos la siguiente escena cómica, que hacen Leocadia Alba y Gonzalo de Córdoba deliciosamente.

ACTO SEGUNDO

ESCENA TERCERA

Una lección de Derecho civil explicada por un aldeano.

SATURIO. — Callar, me callo...; pero por dentro me revuelan cuervos y choas y abejarracos negros.

MICAELA. — Con razón, hombre. Pero ¿qué les pasa?

SATURIO. — Lo de la *ligítima*, mujer.

MICAELA. — Eso ya lo sé. Lo que no sé bien es a qué le llaman ellos la *ligítima*.

SATURIO. — Pues muy sencillísimo. Verás. Pon que tú y yo nos casamos.

MICAELA. — ¿Cuándo?

SATURIO. — Nunca. Es un suponer para el caso.

MICAELA. — Ni yo quiero tampoco.

SATURIO. — Te lo conocí *de seguida* que no querías y por eso no apreté más.

MICAELA. — Hiciste bien. Anda ahora al suponer.

SATURIO. — Casamos..., y después se ganan cien duros. Pues cincuenta son tuyos y cincuenta son míos; pero los dos juntos nos gastamos los cien duros de los dos.

MICAELA. — Eso, claro.

SATURIO. — O los ahorramos.

MICAELA. — Eso es mejor, Saturio, porque nadie sabe cómo pueden pintar las cosas, y conviene siempre una *prevenencia* para el mañana.

SATURIO. — ¡Hasta casándote de mentirijillas quieres ahorrar, mujer!

MICAELA. — Para que veas que no soy malgastadora.



Leocadia Alba.

SATURIO. — Pues visto; pero no barruntes esperanzas.

MICAELA. — Ni te las quiero para nada. Ya lo dije.

SATURIO. — Bueno, entonces. Casados..., viene familia, y se gasta con ella lo que se pueda..., y cachos también de lo que no se pueda.

MICAELA. — *Al igual* que hacen todos, según los posibles de cada uno.

SATURIO. — Así es. Pasan años, y a fuerza de trabajar llegamos a tener una tierra y una casita.

MICAELA. — ¡Ay, qué bien!

SATURIO. — Mitad de la tierra es tuya...

MICAELA. — Mitad de la casa es tuya, y los dos y los hijos y los nietos, a vivir honradamente.

SATURIO. — Eso es.

MICAELA. — Pues eso es muy bueno.

SATURIO. — Pasan más años..., y aunque al final los viejos quisieran marcharse juntos de la vida, la suerte manda otro arreglo, y uno se va y otro se queda.

MICAELA. — A esperar también la hora de marchar, arrinconado en su casita.

SATURIO. — No. Su casita ya no es suya. Lo que ganaron los dos únicamente, lo que fué de los dos únicamente, ya no es únicamente del que se queda. Es también de los hijos.

MICAELA. — ¡Y muy a gusto con que la vivan!

SATURIO. — Pero al que no la quiera vivir le darás su parte.

MICAELA. — ¿Una parte de la casa? ¿Y eso cómo va a ser, bobo?

SATURIO. — Le apuntan un valor, y tú das la porción que sea en dineros.

MICAELA. — ¿En dineros? ¿Y si no los tengo?

SATURIO. — Te venderán la casa.

MICAELA. — ¿La mía?

SATURIO. — La que ya no es tuya únicamente.

MICAELA. — Pero... ¿y si la venden, adónde voy yo?

SATURIO. — Tú sabrás...

MICAELA. — ¿A la calle?

SATURIO. — A la calle.



Manuel Linares Rivas.

MICAELA. — ¿Vieja, y puede que enferma?

SATURIO. — Vieja y puede que enferma... ¡Como estés a la hora de echarte! ¡Y eso es la *legítima*!

MICAELA. — ¡Pero eso es una infamia!

SATURIO. — Es.

MICAELA. — ¡Mientras viva uno de los padres, no deben mandar los hijos!

SATURIO. — Pues mandan.

MICAELA. — ¿Y hay una ley así contra los padres?

SATURIO. — Hay.

MICAELA. — ¿Y hay hijos así contra los padres?

SATURIO. — Hay.

MICAELA. — Pues ya no quiero escuchar más. (*Marcha; se detiene.*) Y oye lo que te digo, Saturio García: que yo, Micaela Fernández, una lugareña y una burra y una nadie, si fuera juez, no hacía esas leyes; si fuera madre, renegaba de esos hijos, y si fuera Dios, mandaba ahora mismo un rayo que abrasara a esa *ligítima*. Y ya sabes para siempre lo que haría Micaela Fernández, si pudiera. (*Mutis por derecha.*)

Caricaturas de Robledano.



Señor Córdoba.

Forain en la Academia Francesa de Bellas Artes

UN TRIUNFO PERSONAL

El lector español, que está muy escamado, y con razón, de todo a lo que al arte se refiere, habrá exclamado al leer esta noticia:

— ¿Quién es ese Forain? Indudablemente, para merecer tan alto honor, ha-



Leocadia Alba y Gonzalo de Córdoba en el acto segundo.

brá pintado muchos cuadros de seis metros — batallas, crímenes, procesiones, hechos históricos —, será un pintor de escuela, tradicional, metódico y razonable. Tal vez un escultor que haya sabido continuar modelando las mismas cosas que en la escuela le enseñaron, un poco tocadas del mal gusto del «fin de siglo», y habrá llenado Francia de generales ilustres y políticos insignes, en marmol y en bronce, con botas, chistera y levita, éstos, y aquéllos, con espada y quepis, diseminados en preciosos pedestales por las plazas de las ciudades de alguna importancia. En todo caso, será un músico, un músico eminente, que haya compuesto varias óperas al modo italiano, con su romanza, su raconto, su dúo de amor y su despedida en la batería. Y si no es ni pintor tradicionalista, ni escultor fabricante de estatuas al por mayor, ni músico, ni crítico grave y conservador, indudablemente será un político, un notable político de la Francia...

Y hemos de reconocer que el lector español, desgraciadamente, llevará razón. El sabe muy bien que en España, sin otros méritos que los ganados en el

noble y desinteresado ejercicio de la política, los hombres públicos y sus hijos tienen asiento en las Reales Academias. Y serán académicos; y no simples académicos, sino que presidirán a los demás con la inmensa luz de su talento y su sabiduría.

Este caso se da en nuestras Academias muy claramente. El ilustre conde de Romanones, cacique de Guadalajara, político sagaz, diputado, ministro y cazador de avutardas, preside la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. No dudamos de su claro talento, tantas veces demostrado en cotarros políticos y electorales; pero si le creemos capaz de confundir, de buena fe, un cuadro de Goya con otro de Moreno Carbonero.

En cuanto a D. Antonio Maura y Montaner, cacique mallorquín, gobernante inédito siempre y siempre redentor y esperanza de la nación, bien sentado le vemos en la presidencia de la Real Academia de la Lengua Española, con los mismos derechos que podría pertenecer a la de la lengua yugoeslava, ya que su literatura puede pertenecer a todos los idiomas, como las palabras de los após-

toles después de la venida del Espíritu Santo en la incandescente forma de lenguas de fuego.



Forain, sencillamente, es un caricaturista, un dibujante.

Esto producirá a muchos un gran estupor. No pueden concebir que un caricaturista, un hombre que hace reír todos los días en los periódicos de a diez céntimos, pueda llegar a tan alta dignidad.

Y, sin embargo, es así, y justamente así.

La enorme labor de Forain, haciendo reír a diario, y, un poco más, haciendo pensar, merece este galardón, como otros tantos compañeros suyos de todos los países.

Del general contento que esta noticia ha producido, de este triunfo que a toda la profesión alcanza, no faltará quien pregunte por qué Forain y no otro dibujante francés de su categoría haya sido el elegido para la Academia.

Es un punto discutible éste, de opiniones, de tendencias y de temperamentos; pero el hecho en sí, tan simpático, tan nuevo, es lo que nos interesa. Está dado el primer paso. La Academia Francesa ha hecho públicamente reconocimiento del caricaturista como intérprete de un arte que nada tiene que envidiar a sus hermanos, y en el que pueden quedar figuras y obras como las de Goya, nuestro primer gran caricaturista, Gavarni, Daumier, entre otros, de



Juan Luis Forain.

los de ayer, y tantos nombres positivos, rotundos, de hoy, en todo el mundo, cuyo valor debe quedar oficialmente reconocido, para poder convencer a la gente de que el artista no está sólo en los cuadros de seis metros, sino que

puede estar, definitivo, en un dibujo, en una caricatura de actualidad.

Nuestras pobres Academias, que se caen de viejas y apollilladas, deben comprender esto, como deben admitir los valores nuevos que en literatura y arte

CARICATURAS DE FORAIN



EN LOS TEATROS
DE ÓPERA

— ... ¡¡Rothschild!!



— Hace seis días que me ofreció tres Corot y un Díaz. ¡Hágale trabajar, señora!

Ayuntamiento de Madrid



EN EL TEATRO

— Venga usted con frecuencia a ver a mi hija... ¡Yo apenas vengo por aquí!...

se producen, si quieren volver al respeto de las gentes.

No tengan miedo. En vez de elegir al artista olvidado y mediocre para que no desentone, deben abrir un poco sus ventanas a la luz y a la vida. No deben ser las Academias el refugio de lo caduco y de lo arrinconado.

Y es que tienen un miedo pueril a lo que viene detrás de ellos, como si así pudieran evitar que el arte evolucione fuera de sus empolvados cánones.

No olviden que los jóvenes respetan mucho más de lo que los viejos admiten.

Forain en la Academia Francesa de Bellas Artes debe de ser un ejemplo y una lección.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

TITIRIMUNDILLO

En el telón de anuncios del teatro de la Zarzuela hay un remedio contra el reumatismo.

Lo que avisamos a los que padezcan de reoma.

Entre banderilleros.

— De modo que el matador cobra seis mil pesetas, y a mí me paga con cincuenta duros.

— Hombre, porque el trabajo es distinto, y todo es relativo.

— ¿Sí? Pues las cornás son las mismas, y los cuernos de los toros, también. De modo que, como no me lo explique ese sabio alemán, no lo entiendo.

— Ese descubrimiento de la radio-teledegustación, ¿qué es?

— No puedo decírtelo. Como no sea el poder mandar por radiotelegrama un biftec con patatas o una ración de paella...

«No hay movimiento revolucionario en Quito.»

Es raro, porque allí siempre es lo mismo.

En cuanto hay un Presidente de la República, llega otro que le dice: «Te quito a ti, y me pongo en Quito.»



Dib. ALONSO. — Madrid.

— Pero ¿no tiene usted copas?
— No, señor.
— Mozo, traiga otra copa!...

BUEN HUMOR

«La Asociación de la Prensa y el Círculo Mercantil preparan varios actos en honor de Francos Rodríguez.»
Nos los figuramos. ¡Que aproveche, y tened preparado el bicarbonato!...

Del Concurso de tennis que ha de celebrarse en Barcelona:

«Prueba quinta. — Pareja de caballeros con ventajas.»

¡Pues ojo con ellos! Porque caballeros con ventajas, son peligrosísimos!...

— ¿De modo que Juanita y Antonio ya no son novios?

— No; desde que ambos comenzaron a concurrir al Palacio de Hielo, no sé qué ha pasado, que se han enfriado sus relaciones.

En una peluquería.

— Tenemos gramófono, señor. ¿Quiere usted que ponga algún disco mientras le corto el pelo?

— Hombre, sí; pongáme uno aquí muy lógico.

— ¿Cuál?...

— Un disco de la Niña de los Peines.

En Oviedo ha fallecido un individuo a consecuencia de un puntapié.
¡Estaría el puntapié envenenado!

En Montecarlo se ha suprimido el tiro de pichón.

Si hemos de ser sinceros, nos es igual.

Ahora, que sin-ceros lo que debían suprimir era la ruleta.

«El comercio de Valdepeñas ha protestado de los impuestos.»

Claro; como que con ellos la vida es imposible.

Y los de Valdepeñas no quieren que les agüen la existencia.

En nuestro próximo número inauguraremos la sección *Nuestras artistas pintan y escriben*, con un artículo de Aurora Redondo, del teatro de la Comedia, ilustrado por ella misma.

Presume mucho de boca
limpia Bartolo,
desde que usa de Orive
Licor del Polo.



EN EL «FOOT-BALL»

Dib. AZPIROZ. — Madrid.

- ¿Te has fijado qué piernas más peludas tiene Carlitos?
 — Sí; y es raro, porque corre que se las pela.

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

FÉLIX VALLOTTON

Félix Vallotton, como Grasset, como Steinlen, como Burnand, como Stengelin, es un suizo injertado en el arte francés. Y no sólo en el arte, sino en la nación, puesto que desde los diez y siete años reside en Francia y se naturalizó ciudadano francés.

Félix Vallotton nació en Lausana el 25 de diciembre de 1865. Su madre era francesa, y tal vez esto influyó en adelantar la inevitable y lógica fascinación de París sobre el futuro artista.

Vallotton marchó a París en 1882. Frequentó como discípulo los estudios de dos pintores mediocres (Lefebvre y Boulangier) y la Academia Julian.

A los veinte años — 1885 — expuso por primera vez en el Salón de Artistas franceses un retrato de hombre. Era la cabeza de un viejo, vigorosamente prometedor del temperamento probo, concienzudo, del pintor. Embrionarias estaban en aquel retrato las cualidades que habían de caracterizar a Vallotton: la densidad del colorido, el hondo ahincamiento del dibujo, la exactitud implacable, hasta el punto de que su pintura da a primera vista sensación de sequedad y de rudeza.

Nuevos retratos siguieron al del Sa-

lón de 1885, en los de 1886, 1887, la Universal de 1889 y la Decenal de 1900. Entre los expuestos en las dos últimas, figuraba el retrato del grabador Jasinski, que hoy se conserva en el Museo de Helsingfors.

Toda esta labor, de la que existen



AUTORRETRATO

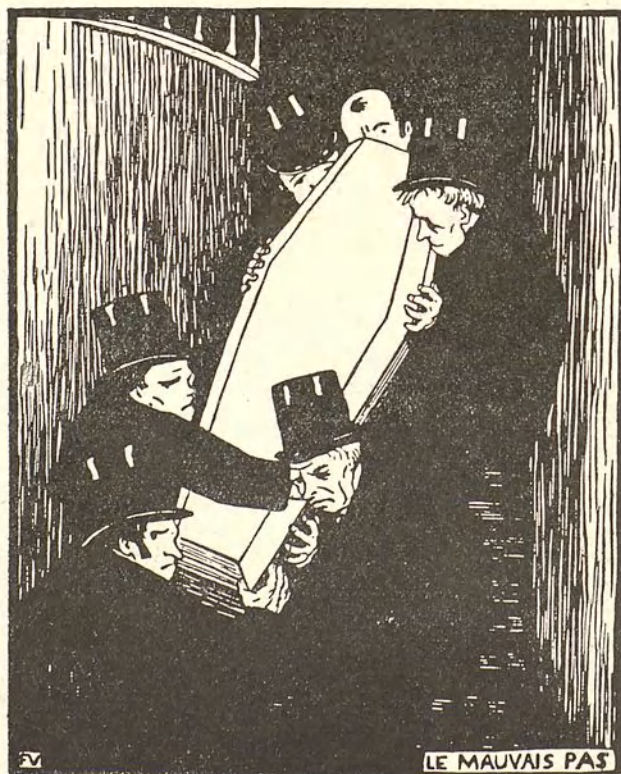
obras en los Museos de Zurich y Lausana, pertenece a la primera época.

La segunda época es la de dibujante satírico y costumbrista, la del ilustrador de obras literarias, la del xilógrafo, acaso la más interesante y que el propio Vallotton la califica como aquella en la cual *mijotait dans son ange*.

Reaparece de nuevo el pintor con el lienzo *Le repos*, expuesto en el Salón de Independientes el año 1905. Dos o tres años antes había presentado en la Nacional otro cuadro menos importante, y exhibía en exposiciones particulares estudios de desnudo, de paisaje, de interiores. Pero son *El reposo* — con su figura femenina acostada — y el *Desnudo de mujer*, que entró en el Luxemburgo el año 1914, los cuadros que señalaban verdaderamente el retorno del pintor. Desde entonces se destaca su nombre entre los de artistas que constituyen la vanguardia pictórica. Forma parte de los Independientes, del Salón de Otoño, de los grupos que monopolizan las galerías Durand Ruel, Vollard y Bernheim. Se le cita al lado de compañeros suyos, harto diferentes: Bonnard, Roussel, Maurice Denis, Guérin, Matisse, Vuillard. Incluso este paradójico amor a Ingres de que alardean ahora los modernos pintores franceses o afrancesados,



LA FLAUTA



EL PASO DIFÍCIL

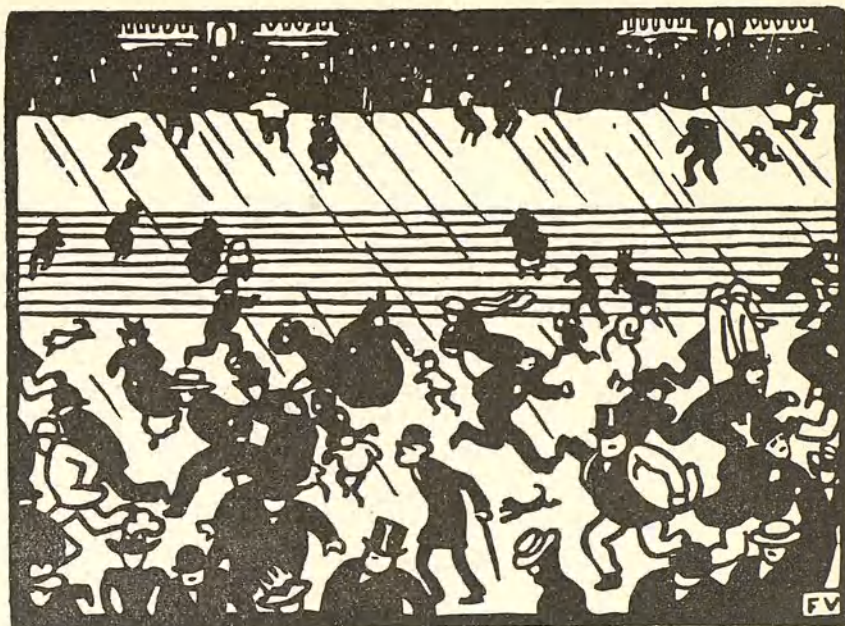
nace del entusiasmo de Vallotton por el maestro de *La fuente* y de *La odalisca*; entusiasmo que en Vallotton no es una paradoja, sino consecuencia de su maestría como dibujante. Lógicamente, esta tercera época de Félix Vallotton, siendo la definitiva, habría de considerarse la mejor. Y, sin embargo, nos atrevemos a preferir la segunda, la de grabador.

Entre una generación de pintores obstinados en hiperestesias de la sensibilidad, en agotar los más sutiles e inasequibles matices del color, Félix Vallotton desentona un poco. No es un colorista en el sentido de los malabarismos cromáticos que ahora significa esta adjetivación. Simplifica los valores, enneblina los tonos, desdén, con ese instintivo orgullo de un fuerte frente a muchos débiles, los diletantismos intrascendentes de los que fingen desdenar asunto, composición y eurytmia lineal.

Michel Puy, en *Le Carnet des Artistes*, hace resaltar la solidez formal de Vallotton rodeada de las ajenas imprecisiones.

«Atiende — dice — a lo que es permanente antes que a lo pasajero, a la inflexión de las líneas antes que al hormigueo de los tonos. En un momento en que todos se aplican a retener lo que hay de fugitivo en la apariencia, ha querido mantener los derechos de la construcción. Ve los objetos netamente y subraya los rasgos que le dan su carácter particular.»

Pero este esfuerzo noble, fecundo, brotado de una sólida educación estética, queda ahogado en la confusión vocinglera de las modernísimas tendencias. No es suficiente la firmeza del dibujo, el concienzudo sentido de la realidad que tienen sus cuadros para destacarle en una perfección absoluta. Si por encima de los *ismos* de última hora nos aquietan el espíritu y nos tranquiliza la mirada con un puro deleite contemplativo, no resiste la competencia retrospectiva de



LA LLUVIA

otros pintores propiamente, verdaderamente pintores. Es pobre de color y — lo que es más lamentable, dada su riqueza imaginativa como ilustrador editorial y como costumbrista — tímido de composición.



En cambio, ¿cómo acusa su personalidad con un brio agresivo, irrefutable, en las xilografías!

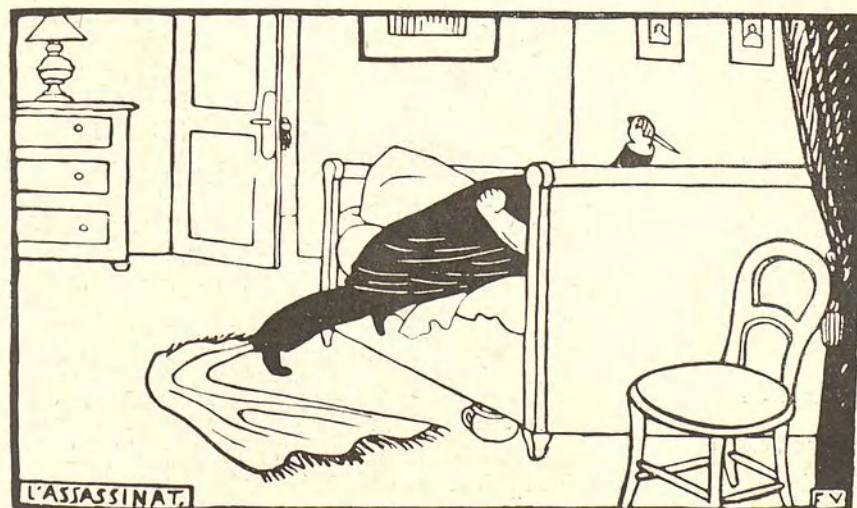
Augusto Lepère en Francia, William Nicholson en Inglaterra y Adolfo de Carolis en Italia, logran esta perfección técnica y esta riqueza imaginativa de Félix Vallotton en la recia y viril arte de grabar el boj.

Pero Félix Vallotton, siendo de los cuatro el más ingenuo de procedimiento, es también el más sugeridor. Contempla los episodios y los hombres coetáneos suyos en una simultánea con templación de su yo interior. Así, tienen todos los dibujos de Félix Vallotton un acre sabor de realidad y una cóncava profundidad filosófica.

Al principio Vallotton buscó en las caricaturas, en las ilustraciones editoriales, un medio de ganarse la vida. Colaboraba en *Le Rire*, daba a los «retratos simbolistas» de Remy de Gourmont en sus dos *Libros de las máscaras* una acentuación sobria y maciza; entraba a la selva misteriosa e inquietante de Edgardo Poe, con su buril experto ya en los crudos contrastes de la blancura rutilante y el negro absoluto. Pero con ser toda esta labor tan interesante, tan demostrativa, principalmente de una enérgica técnica y de una pontencialidad intelectual extraordinarias, no es solamente aquí donde debemos buscar a Félix Vallotton.

Es en sus escenas callejeras de *La manifestación*, *La lluvia*, *El huracán*, en sus escenas humorísticas de los grandes almacenes, de los teatros y los cafés conciertos; en sus dramáticas composiciones *El asesinato*, *La ejecución* y *El mal paso*, y es, sobre todo, en esa serie de músicos que en la calma propicia de sus interiores acusan su espíritu con los acordes graves del violoncello, la sensual melancolía del violín, los románticos lamentos de la flauta, o la polifonía majestuosa, envolvente, como las ondas de un mar adormecido bajo la noche, del armonio...

José FRANCÉS



EL ASESINATO

Ayuntamiento de Madrid

UN PLATICO DE GARRAFALES

II

Brindo para su regalo a los lectores de BUEN HUMOR otro par de cerezas cogidas al azar en el vergel filológico de Melitón González.

Como verán, son tan gordas como dos respetables «ciruelas de fraile».

Vaya ésa:

Básico. — Haciendo un remilgo casticista, el cominero crítico afirma que «básico» es sólo adjetivo de química».

Cierto que sólo en tal acepción lo admite nuestra Academia, que, al revés de la italiana de la *Crusca*, es decir, del *Afrecho*, parece complacerse en tirar la harina y aprovechar el salvado; pero pese a la autoridad académica, los melindres de Melitón González no tienen fundamento. La palabra *básico* no es solamente, como él dice, adjetivo de química, sino que lo es también de anatomía, de geología, de filosofía y de *sentido común*. Y así, en anatomía se dice *básico* de lo perteneciente o relativo a la base de un órgano; en geología se estudian y definen las *rocas básicas*, y en filosofía puede emplearse este adjetivo en el sentido de *primario* o *fundamental*. En una de sus instructivas lecciones de *El Sol*, el Sr. Ortega Gasset nos hablaba hace poco de la existencia de «cierta comunidad básica entre los hombres superiores y la muchedumbre vulgar».

Y es que a Melitón González le han entrado unos pujos de purismo, que se va de jareta. Porque bueno es limpiar el idioma; pero no tanto que, de limpio, rechine. El aseo del lenguaje debe ser como el aseo personal: ni la gorrinería de Rafael Molina, que, según *Frascuelo*, se lavaba los pies con saliva, ni la pulcritud de la mujer de Campoamor, que limpiaba con agua y un trapito las onzas de chocolate.



Y vamos a la segunda garrafa.

Miraje. — Censurando el uso de este barbarismo, nuestro crítico menudo afirma *ex cathedra* que «miraje es palabra francesa y significa ilusión en el mar de Egipto». No dice más.

Y he aquí, en tan pocas palabras, si no una gavilla, o, como

ahora se dice, un *fascio* de errores, por lo menos un *fascículo* o manojito de inexactitudes; porque ni *miraje* es vocablo francés, ni el espejismo es, propiamente,

una ilusión, ni se produce sólo en el mar, ni la denominación de «mar de Egipto» figura en ningún atlas ni tratado de geografía. En efecto: el mar que

baña las costas de Egipto se llama Mediterráneo, y no hay semejante mar de Egipto, como no hay un mar de Trípoli, ni un mar de Túnez, ni un mar de Argelia, por la sencilla razón de que si el mar tomara tantas denominaciones cuantos son los nombres de los territorios que baña, la nomenclatura de los mares sería el cuento de la haba.

Que el espejismo no es una ilusión, se demuestra considerando que ilusión es «el error de los sentidos o del espíritu, que hace tomar las apariencias por realidades»; y dicho se está que una imagen invertida, en que los objetos aparecen patas arriba, no puede engañar a nadie. La misma imagen directa, la propia figura reflejada en el espejo, sólo puede inducir a error a los niños de teta.

Hasta el burro más burro, cuando al beber se contempla retratado en el agua, lejos de creer que ve a otro burro, sabe de cierto que allí no hay más burro que él.

Cuanto al dislate de localizar el espejismo en el mar, y en un solo mar, es incomprensible en un crítico tan *leído*, porque ni los chicos del colegio ignoran que dicho fenómeno, si bien alguna vez se observa en el mar se produce comúnmente en las llanuras arenosas de los países cálidos.

Finalmente, la palabra *mira-je*, aunque es un galicismo, no es palabra francesa, sino *mira-ge*, con *g*, que no es lo mismo. ¿Tiquis miquis? No, por cierto. El cambio de una sola letra en la palabra escrita puede dar ocasión a un grave error.

El traductor del italiano de la primera edición española de *Quo vadis?*, confundió, al consultar en el diccionario, las palabras *pesce* (pez) y *pesca* (durazno), que sólo se diferencian en una letra. Y ¿qué resultó? Pues casi nada: que los lectores de la novela se encontraron con la desconcertante novedad de que «el símbolo de los cristianos era ¡un melocotón!!»

FRANCISCO DE ESTEPA

Sevilla. — Febrero.



Dib. RUBIO. — Madrid.

- ¿Nos da tres butacas para las diez?
- No quedan más que palcos.
- Bueno; pues entonces dénos tres palcos.



Dib. BELLÓN. — Madrid.

- ¿Dónde vas, chico?
- Al Monte.
- Haces bien. Tomarás buenos aires...
- ¡Quia, hombre!... ¡Si es que voy a empeñar' todo esto!...



TODO FIEL CRISTIANO...

Dib. ROBLDANO. — Madrid.

— ¡No seas bruto, Sindulfo! ¿Por qué sacudes así a la parienta?

— ¡Eres un analfabeto! No la pego; cumplo los preceptos de la Cuaresma. ¡Flagelo la carne!

Ayuntamiento de Madrid

DEL BUEN HUMOR AJENO

GERTRUDIS, por Max y Alex Fischer

I

La señora de Gevotte, el alcalde; la señora de Labride, el comandante; la señora de Prat, el maestro, y las señoras de Chevalavec, Sartorius, Ebens, Astratle y otras señoras de Pithiviers, se encontraron reunidas y, naturalmente, al cabo de cinco minutos, una de ellas profirió:

— ¿Ustedes saben?... A Celestina..., una morena y grande que servía en casa hacía tres semanas... Pues bien: he tenido que ponerla en la calle. ¡Imagínense ustedes que se atrevía a decir que la mataba de hambre!

Después:

— ¿Se acuerdan ustedes de Virginia? Virginia..., una pequeñita que estaba en casa hacía tres semanas... Pues bien: he tenido que darle la cuenta. No pueden ustedes imaginarse lo que me pedía. ¡No quería más que salir los domingos, de doce de la mañana a doce de la noche!

Entonces, todas exclamaban:

— ¡Oh!... ¡Cómo está el servicio!... ¡Qué exigencias!...

Hacia muchos años que la señora de Bernette no había dejado de unir su voz a este coro de lamentaciones.

Pero he aquí que hacía seis meses había tomado a su servicio a una coja llamada Gertrudis. Desde entonces, cada vez que la conversación rodaba en su presencia hacia el capítulo del servicio doméstico, entonaba el panegírico de su criada:

— Una perla esa Gertrudis, ¿oyen us-

tedes? ¡Una perla! Limpia como el oro... Honrada como la primera. Cuidadosa, trabajadora, poco exigente. En fin, no tengo un defecto que reprocharle.

II

A principios del mes pasado, el señor Xavier, célebre cirujano de la Facultad de Medicina de París, vino a Pithiviers para operar al comandante Labride, que había recibido una patada de un caballo.

La señora de Bernette dijo:

— ¡Qué lástima que mi buena Gertrudis tenga esa cojera! Debe costarle mucho trabajo subir al desván o bajar por vino a la bodega. Ella lo hace, evidentemente, sin quejarse. Su enfermedad, por tanto, debe ocasionarle esas pequeñas molestias que no fatigarían a una persona sana. Sentiría mucho perderla. Una criada así se debe conservar toda la vida. ¿Quién sabe si su enfermedad no es incurable? ¿Por qué no consultar al sabio profesor Xavier?

A requerimientos de la señora de Bernette, el eminente profesor examinó cuidadosamente las articulaciones, los muslos, los huesos, los nervios de la pierna de Gertrudis, y dijo:

— No puedo asegurarle, señora, que después de una operación esta pobre chica no vuelva a cojear. Pero el caso es posible. La intervención quirúrgica no ofrece ninguna dificultad. Si la enferma consiente, yo estoy dispuesto a curarla.

Durante veinticuatro horas la señora de Bernette hizo todo lo posible para triunfar sobre las aprensiones que detestaban a la pobre Gertrudis a entregar su pierna al sabio cirujano.

A las veinticuatro horas se dejó arrancar estas palabras:

— Bueno, señora; yo me dejo hacer. Ya que la señora se empeña. Pero si la señora me tomó coja, ¿por qué no me conserva así?...

III

Cuando la operación acabó, el profesor Xavier dijo:

— Hay que conservar inmóvil a esta chica durante tres semanas.

La señora de Bernette cuidó cariñosamente de que Gertrudis guardase cama durante veintidós días.

Esta mañana, por fin, la autorizó a levantarse.

Estaba emocionada. ¡Si Gertrudis, efectivamente, no cojeara más!

Después de bajar a la calle, Gertrudis anduvo tres o cuatro pasos, muy despacio al principio, pero más ligeramente después.

Dió en seguida cinco o seis más rápidamente, y después, más.

Entonces, la señora de Bernette tuvo una gran alegría. Empezó a gritar:

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué alegría!

En efecto, Gertrudis llevaba andados treinta pasos sin cojear.

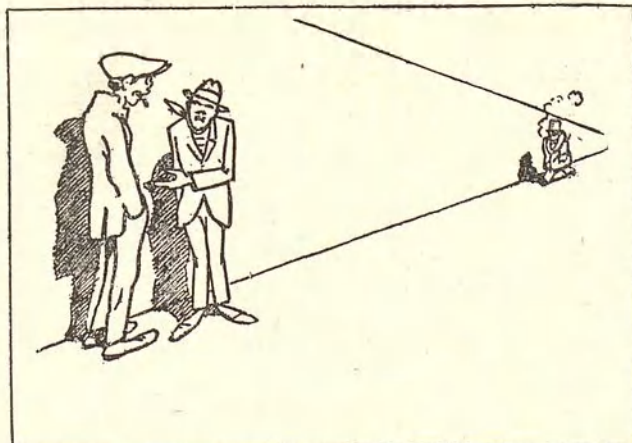
La señora de Bernette estimó la prueba muy suficiente y gritó:

— ¡Eh! ¡Gertrudis! ¡Puede usted volver, querida Gertrudis!

¿Estaba tan lejos Gertrudis para no oír la voz de su señora?

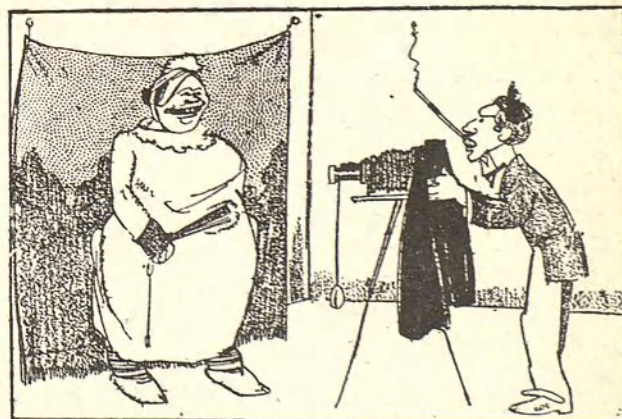
Ella continuaba andando, andando, andando. Su silueta se achicaba. Finalmente, se perdió en el horizonte.

Pasó media hora y Gertrudis no reaparecía en el horizonte.



- ¿Cuánto te apuestas?
- Cincuenta francos.
- ¿Dónde están?
- Los tiene ese que viene ahí.

(De Le Rire, de Paris.)



ANTE EL OBJETIVO

- Sonríase...
- ...
- No tanto; se va a salir del campo de la visual.

(De Atlántida, de Buenos Aires.)

Suplicamos a los periódicos que reproducen originales publicados en BUEN HUMOR, hagan constar su procedencia, como hacemos nosotros siempre que insertamos dibujos o artículos ajenos. Precisamente, por olvidarse de este requisito en *Fray Mocho*, de Buenos Aires, publicó una revista madrileña, la semana última, un dibujo atribuido a aquel periódico y que era reproducción de uno de Rivero Gil publicado en nuestras columnas.

Una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas, cinco horas pasaron sin que Gertrudis reapareciese en el horizonte.

La señora de Bernette gimió:
— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Le habrá pasado algo a esa pobre muchacha?



— Es fabulosamente rico y te quiere con locura. ¿Por qué no te casas con él?

— Mira, hija, el inconveniente es su edad. Ni es tan joven para esperar a quererle, ni tan viejo para esperar a heredarle.

(De CATHY, en Life, de Nueva York.)

Se disponía a avisar a los guardias, para mandarlos en busca de Gertrudis, cuando pasó el cartero, que le entregó una postal.

La postal decía así:

«Adios, señora. Mandaré por mi ropa mañana por la mañana. Como tengo ahora dos piernas, creo que encontraré mejor colocación. La saluda, — Gertrudis.»

A. N. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Kim. — Con ese cuento ha hecho usted el indio.

H. P. de la O. — El asunto vale poco. Envíenos otras cosas.

Chu-ka-fu. Madrid. — Puerilísimo.

Alá. — Ni las cuartillas destinadas a la imprenta se escriben por los dos lados, ni cosidas con un bramante. Tampoco suele ponerse en ellas *ayabanse, iva, ignotizaba, ilerás* y otras, que revelan un terrible *hodio* a las *haches*. El cuento, malo además.

E. M. Y. San Sebastián. — No nos interesan las caricaturas personales que nos envía, y es lástima, pues algunas están bien hechas.

R. M. Bilbao. — Las suscripciones hay que abonarlas por adelantado.

Lalá. — Está muy bien. Lo publicaremos; pero ha de ser con la condición de que firme y cobre Tovar, que es el autor de ese dibujo. ¿Está usted conforme?

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Inmenso
SURTIDO
EN JOYERÍA RELOJERÍA Y PLATERÍA:
PRECIOS DE FABRICA
Daniel Inclán
MONTERA 23 - BOLIVAR 23
MADRID - MEXICO

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

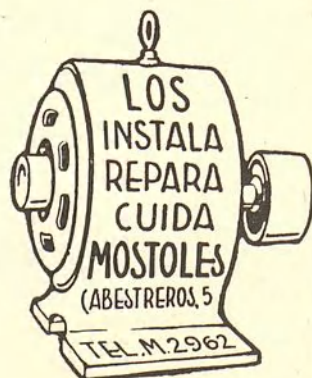
Acabamos de poner a la venta en nuestra Administración las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR, al precio de TRES PSETAS cada una.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)
(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Ya ves qué mala suerte. Mi mujer me ha traído gemelos, ahora que estoy sin camisa que ponerme.